



EL CELIBE

Iñaki Bernaola

Dicen que de todos los pueblos europeos en los cuales la Iglesia Católica tiene una influencia notoria, los irlandeses son los más apasionados.

Es por ello normal que a un joven cura irlandés, henchido de deseo de amar al prójimo y mantener el casto celibato sacerdotal, le resulte poco menos que imposible. O que cuando quienes arden en deseo de amar al prójimo sean mujeres, hayan tenido que enfrentarse tanto con la propia Iglesia como con una sociedad tradicional y patriarcal hasta la médula, y que a raíz de ello hayan sufrido multitud de penalidades como embarazos no deseados, bebés entregados forzosamente en adopción a instituciones religiosas o internamientos forzosos de «jóvenes descarriadas» en centros donde sufrían todo tipo de injusticias y opresión.

Esta novela es la historia de un grupo de irlandeses, hombres y mujeres, religiosos y seculares, y de su lucha por lograr, por encima de condicionamientos de todo tipo, al fin ser dueños de su propio cuerpo, de su propia sexualidad y de su propia vida.

Pero los irlandeses, a la par de apasionados, son también enormemente divertidos. Así pues, es lógico que una historia de irlandeses apasionados, si se les quiere hacer justicia, tenga que ser también por fuerza divertida.

*«A Markel y a Nikola, que no hace mucho han
aprendido a leer, y que espero sean mis más
apasionados lectores en el futuro».*

PRIMERA PARTE

1

Desde que era niño había pensado que su ciudad era algo así como una de las puertas que tiene este mundo para llegar al más allá. Ese pensamiento le venía a la cabeza sobre todo cuando, paseando por la orilla del mar, dirigía su vista hacia el sur, hacia el mar abierto, hacia el espacio entre las numerosas islas y diversos salientes de tierra a través del cual los barcos habían hecho desde siempre su entrada y salida; algunos, los más pequeños, sobre todo barcos de recreo, atracando junto al mismo paseo marítimo; y otros, los de mayor tamaño, situados al paio en aguas más profundas.

Todos en su familia, al menos hasta donde llegaban sus recuerdos, habían sido católicos y republicanos, razón por la cual una de las cosas que mayor orgullo les había proporcionado a casi todos sus antepasados era que a la Reina se la hubiera despojado del honor de poner nombre a su ciudad, decisión del todo lógica porque su país ya no era un apéndice de una monarquía opresora sino una república, en la cual, lógicamente, ya no mandaba ninguna reina.

Pero todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo, mucho antes de que él naciera, y así suele ocurrir que las cosas que las nuevas generaciones han conocido siempre de una forma determinada les parecen a estas del todo natural, sin que casi nunca se den cuenta de que en este mundo las únicas cosas naturales son aquellas en las cuales los seres humanos no han intervenido para nada, y qué duda ca-

be de que el nombre de una ciudad es cualquier cosa menos natural. De hecho, para conseguir que su ciudad dejara de llamarse Ciudad de la Reina, es decir, *Queenstown*, y pasara a llamarse de una forma mucho más corta y sencilla, *Kouf*, que es así como lo pronunciaban a pesar de que su ortografía fuera algo diferente, concretamente *Cobh*, fuera necesaria una lucha desigual en la que hubo que soportar todo tipo de penalidades, incluidos asesinatos, unos bendecidos por la propia monarquía y otros no tanto, sin excluir torturas, saqueos, violaciones y humillaciones sin cuento.

Pero la guerra que se libró entonces, con todas las luces y sombras propias de cualquier guerra, no le impresionaba tanto a nuestro protagonista como la contemplación de la abertura entre islas y trozos de tierra a través de la cual se podía atisbar el mar abierto desde el paseo marítimo; y entonces imaginaba divisar en lontananza aquel imponente barco con sus cuatro chimeneas amarillas que sólo echaba humo por tres de ellas, porque la cuarta, la de más atrás, únicamente servía para impresionar a la posible clientela, ignorante en su mayor parte de cuestiones marítimas, que juzgaba la mayor o menor categoría de un barco por su número de chimeneas.

Allí estaría el barco, en algún punto que él no era capaz de precisar porque de eso había pasado casi un siglo, pero que sin lugar a dudas, porque así se había repetido una y mil veces a lo largo de los años, en cierta ocasión, una y nada más que una, se dejó ver enfrente del paseo marítimo del centro de la ciudad, mientras una serie de embarcaciones más pequeñas, llamadas ténder por los entendidos, se dedicaban a llevar y traer personas y equipajes entre el enorme barco y tierra firme. Unos se quedaban, y otros se iban. Unos continuarían su vida, en el anonimato las más de las veces. Otros, por el contrario, dejarían sus nombres registrados para la historia por haber viajado en el barco que en una única ocasión se dejó ver desde la ciudad que en-

tonces debía su nombre a la Reina; pero que, tal y como sólo Dios estaba al corriente de lo que iba a ocurrir, partió hacia el más allá para nunca más volver.

Siempre le pareció un tanto sacrílego el hecho de que, entre aquellos que por haber desembarcado del barco en la Ciudad de la Reina quedaron excluidos del viaje al más allá, hubiera precisamente un sacerdote, ya que en su estricto fuero interno le parecía más apropiado para un ministro de Dios estar al lado de quienes les ha llegado la hora de rendir cuentas delante del Altísimo. Sin embargo, en lugar de socorrer a los que por habérseles llegado el instante supremo estarían necesitados de auxilio espiritual, lo que dicho sacerdote hizo fue de alguna manera profanar su recuerdo, pues durante las horas transcurridas desde la parte inicial de la travesía iniciada en Southampton con escala en Cherburgo hasta la arribada final a Queenstown, el reverendo padre Browne se dedicó a sacar más y más fotografías de aquellos que, ignorantes de su destino, se divertían alegremente tomando parte en juegos de cubierta, haciendo ejercicios físicos en el gimnasio del barco, o sentados plácidamente en las tumbonas de las llamadas *promenade deck*, es decir, cubiertas de paseo, con un libro entre las manos y una manta por encima del abrigo mientras los solícitos camareros servían té o cualquier otro aperitivo.

El reverendo padre Frances Browne al parecer tenía sus propios quehaceres en la Irlanda católica, razón por la cual en lugar de continuar viaje a New York desembarcó en la Ciudad de la Reina y continuó tranquilamente con su vida. Son numerosas las fotografías que se conservan de aquel viaje, algunas de ellas debidas al propio padre Browne y otras no. Las hay que exhiben planos amplios, por ejemplo las que nos presentan los mencionados tónderes embarcando o desembarcando desde el puerto de Queenstown cientos de personas y sus respectivos equipajes, fotografías que, vistas *a posteriori*, en realidad lo que nos están mostrando es el sobrecogedor veredicto que indica quiénes es-

taban condenadas a muerte para que la sentencia se fuera a ejecutar al cabo de pocos días; o quienes, por el contrario, seguirían vivas hasta que a cada una le llegase su hora. También hay fotografías que muestran la imponente panorámica del barco de las cuatro chimeneas echando humo sólo por las tres primeras, unas veces saliendo del puerto, otras en plena travesía y otras fondeado al paio en medio de la bahía de Queenstown. Pero quizás las más impresionantes son aquellas en las cuales, por la cercanía del motivo, podemos distinguir individuos de carne y hueso, es decir, personas con cuerpo y alma, porque nos damos cuenta de que estamos ante el retrato de quienes, ignorantes de su destino en el momento en que dichas fotografías fueron tomadas, estaban a punto de rendir cuentas de sus actos ante el Ser Supremo.

Aunque todavía faltaban algunos años para que se rodara la famosa película ganadora de un montón de premios óscar dirigida por James Cameron, otras versiones cinematográficas anteriores, ampliamente conocidas también por el gran público, no hicieron sino reforzar la impresión que siempre le había causado vivir al lado de una de las puertas que consideraba conectaban este mundo con el otro, es decir, la apertura hacia el mar abierto que se divisaba desde el paseo marítimo. Le impresionaba el hecho de que en las susodichas películas aparecieran personajes que encontraron su destino final debajo de unas aguas casi congeladas, así como también, aunque entonces todavía no se conociera la ubicación exacta, que a más de cuatro mil metros de profundidad, como si de una tumba gigantesca se tratara, yaciera el esqueleto del enorme navío que, cual barca de Caronte, había servido para transportar mil quinientas y pico almas hacia el reino de Hades.

Y le impresionaba también que dicho navío hubiera estado construido por miles y miles de católicos republicanos al igual que lo habían sido en su familia desde hacía generaciones. Poco importaba que la mayoría del personal de la

oficina técnica fueran protestantes. Poco importaba que el entonces dueño del astillero Harland & Wolf, lord Pirrie, fuera un liberal partidario de la Home Rule, o sea, estatuto de autonomía para Irlanda. La cuestión era que los miles de obreros que días tras día entraban en el astillero por la puerta grande que daba directamente a la grada, y que bajo un ruido ensordecedor se dedicaban a ensamblar a golpes de martillo neumático las gigantescas chapas con cientos de miles de remaches, eran en su abrumadora mayoría católicos irlandeses de Belfast.

Todo esto lo tenían muy presente casi todos los habitantes de Cobh, es decir, que en abril de 1912, cuando en su viaje inaugural el Titanic hizo escala en su ciudad que entonces se llamaba Queenstown, convirtió a dicha ciudad en una de las puertas del más allá. Lo que ocurre es que, por razones que nunca se llegan a comprender, ello influyó de manera muy diversa en unos y en otros. Algunos, la mayoría, se dedicaron a otras cuestiones más inmediatas, como por ejemplo la lucha por la independencia de Irlanda que se llevaría a cabo pocos años después, y que sirvió entre otras cosas para que su ciudad pudiera cambiar de nombre. Otros se dedicaron a explotar la fama que el malhadado barco les había dado escribiendo libros, construyendo museos, levantando memoriales y, de paso, atrayendo al turismo. Y otros se quedaron atrapados en el misticismo que produce saber que, por un designio que unos achacan a Dios, otros al azar, otros al capricho de la naturaleza y más de uno a la inoperancia humana, mil quinientas y pico personas perecieron en circunstancias inesperadas, no con el auxilio espiritual del padre Browne, el cual había tenido la fortuna de huir a tiempo del barco cual si de astuta rata se tratara, sino de una orquesta de músicos que, viendo el final inevitable, se cree que interpretaron en sus últimos momentos el himno «Cerca de ti, Señor» sobre la cubierta, al aire libre, si hacer distinguos entre pasajeros de una u otra clase porque a la hora de rendir cuentas delante de Dios

todos somos iguales, y lo único que cuenta es el alma de cada uno, o una.

A lo mejor todo esto no era sino una de esas cosas que, por darse uno más importancia a sí mismo de la que en realidad tiene, pensaba nuestro protagonista que le había supuesto de inspiración para una posterior vocación sacerdotal, es decir, el deseo de dedicar su vida a socorrer y salvar almas al contrario de lo que hizo su compatriota el padre Browne, que desembarcó dejando desamparadas a mil quinientas y pico personas mientras él se llevaba bajo el brazo un montón de fotografías, seguramente sin ser consciente entonces de que en realidad no había fotografiado los cuerpos de dichas personas sino sus propias almas, porque para cuando todas esas fotografías fueran reveladas ya los cuerpos de esas personas no existirían, y sólo permanecerían sus almas plasmadas en papel fotográfico, ya que el alma de un ser humano no es sino la memoria de dicho ser que perdura en el recuerdo de los que le conocieron, le amaron o le odiaron.

Todas estas cosas impresionaban sobremanera a nuestro protagonista en su época de niño y adolescente, influenciado por una educación llevada a cabo casi de forma exclusiva por sacerdotes irlandeses católicos, educación similar a la que recibirían todos los muchachos de su edad pero que dependiendo de la forma de ser de cada uno, es decir, más o menos proclive a caer en tentaciones de diversa índole, se la podían tomar más o menos en serio. Pero si uno era un muchacho introvertido, tendente al misticismo, aficionado más a la meditación que a la conversación desenfadada, y suficientemente miedoso como para no ceder sin más ante las tentaciones del demonio ni sólo ni en compañía, resultaba más que probable que acabara metido en un seminario, acaso engañándose a sí mismo con supuestas elevadas tareas de salvar las almas del prójimo cual si de naufragos del Titanic se tratara.

Un hermano suyo, el primogénito, ingresó como aprendiz en un taller de reparación de automóviles. Otro hermano continuó con el oficio paterno de arreglos domésticos de todo tipo. Una hermana entró a trabajar como dependiente en una tienda, y la otra se fugó pronto de casa para dedicarse supuestamente al servicio doméstico, sin que en adelante se supiera gran cosa de ella. Y el más pequeño de todos, Michael Fogherty, acabó convertido con los años en el padre Michael, aunque para llegar a eso todavía falta un poco.

2

¿Qué era lo que podía aprenderse en un seminario? Al menos algunas cosas parecen bastante obvias, como por ejemplo el latín. Aparte de alguna excepción que otra, el latín ha sido la lengua del clero y de la liturgia católicas por excelencia, entre otras razones porque el Concilio de Trento puso en su día las cosas en su sitio ante la amenaza protestante, mucho más proclive a acercar todo lo relacionado con la liturgia (idioma, géneros musicales, etc.), a la mentalidad del pueblo cristiano. Aun así y todo, la importancia del latín en el mundo eclesiástico había decrecido ya notablemente en la época en la que Michael ingresara en el seminario.

Aparte del latín, también se aprendería a celebrar misa, es decir, a realizar de forma correcta los movimientos pertinentes delante del altar según cada una de las fases de la misa cual si de una tabla de gimnasia sueca se tratara, porque afortunadamente los textos a recitar no había más que leerlos del libro adecuado a la ocasión sin necesidad de aprenderlos de memoria. No obstante, se entiende que en alguna medida sería necesario asimilar lo que en dichos libros se planteaba para poder pergeñar después un sermón que resultara mínimamente convincente; aunque a lo mejor existen libros que lleven por título algo así como «Cien sermones para salir del paso»; lo mismo que existen otros titulados «Cien recetas de cocina para solteros», o «Cien adornos de punto de cruz para trapos de limpieza».

Ya en el siglo V, si no me equivoco porque de eso ha pasado ya una eternidad, Agustín de Hipona definía siete pecados capitales, a saber: soberbia, avaricia, lujuria, gula, ira, envidia y pereza. No cabe duda de que en el seminario, aparte de otras muchas cosas, se hablaría de los siete pecados capitales que el tal Agustín, San Agustín para los católicos, enunciara hace un montón de años. Y a lo mejor no sólo se hablaría, sino que también habría oportunidad de aprender algo de ellos en la práctica, que es como mejor se aprenden las cosas.

La Iglesia Católica, más sabia por vieja que por cualquier otra razón, había asumido desde hacía muchísimo tiempo que absolutamente nadie, desde el propio Sumo Pontífice hasta el más humilde creyente, estaba a salvo de sucumbir ante las tentaciones del demonio y, consecuentemente, de pecar; lo que para el caso que nos ocupa venía a significar que en el seminario donde Michael se preparaba para el sacerdocio las oportunidades de practicar los siete pecados capitales eran muchas y variadas.

Dice una antigua coplilla navarra que si vas a los Escolapios y ves al Padre José, lo mejor que puedes hacer es llevarte una mano al culo y arrimarte a la pared. Supongo yo que, al hilo de lo que hemos comentado antes, el saber arrimarse a la pared a tiempo era una de las cosas que todo aspirante a sacerdote que estuviera interno en un seminario debía aprender a pesar de que ello no figurase en los programas oficiales de estudio respectivos. Porque, tal y como se ha demostrado una y mil veces, en gran parte de las instituciones eclesíásticas existe algún padre José. Y si uno no sabía ponerse a buen recaudo de las asechanzas de dicho padre José podría ocurrir que, aparte de pecar gravemente según el tercer pecado capital enunciado por San Agustín, su vida sexual acabara convertida en una mierda, en una edad en la cual la formación de la personalidad, y por ende la faceta sexual, estaban en una fase de crucial desarrollo. Y no sólo eso, sino que una vez que le hubiesen echado a

perder su inocencia sexual, entendida la inocencia en el más amplio sentido de la palabra, pues a lo mejor acababa convertido él mismo al cabo de los años en otro padre José.

Así que el pobre Michael Fogherty, ignorante cuasiabsoluto de cuestiones sexuales cuando a la temprana edad de doce años ingresó en el seminario de Saint Brendan, lo primero que tuvo que aprender sobre sexualidad fue a arriarse a tiempo a la pared. Bien es verdad que no le costó demasiado: tratándose de un muchacho introvertido, más proclive a pasar desapercibido que a la notoriedad, no demasiado agraciado ni sobresaliendo en ningún aspecto de la vida, tuvo la suerte de que el padre José de turno jamás se fijara en él.

No obstante, el saber poner tu culo a salvo no bastaba para colmar las inquietudes sobre el particular propias de un muchacho de la edad de Michael, y menos aún conforme se iba haciendo mayor. Pero, por desgracia, la postura católica tradicional oficialmente imperante en el seminario negaba de plano la posibilidad de conocimiento, interés y mucho menos experimentación sexual del tipo que fuera, aceptando como única excepción la práctica denominada «matrimonial» entre cónyuges siempre que antes se hubiera celebrado la correspondiente boda eclesiástica; excepción que, para más inri, estaba vedada a los sacerdotes y, por extensión, a los que aspiraban a serlo. Todo ello, además, era repetido en charlas y sermones una y mil veces acompañado de la amenaza del infierno y de sus horribles sufrimientos para toda la eternidad, pues cualquier manifestación relacionada con la sexualidad constituía materia grave de pecado; es decir, que aquella persona que incurriera en alguna de las conductas prohibidas por el sexto y el noveno mandamientos de la ley de Dios, que son los referentes al sexo, acabaría condenándose para toda la eternidad.

Resumiendo: que el desarrollo sexual del joven Michael en la época de su pubertad siguió un camino tortuoso entre ponerse a cubierto del padre José, pasar numerosos momentos de pánico pensando en la amenaza del infierno y en la perspectiva de una vida eterna horriblemente torturado y, por último, y esto es sin duda lo más importante, un creciente interés y curiosidad, compartido además por la absoluta mayoría de sus compañeros seminaristas, el cual no tenía otra causa que la normal manifestación de lo que la naturaleza humana establece para dichas edades de la persona.

En todos los centros educativos existe lo que se llama un currículo oficial o notorio, es decir, el conjunto de contenidos, actividades, etc., establecidos por dicho centro en su programa de enseñanza; y otro currículo denominado oculto, o sea, aquel que sin estar plasmado de forma explícita en ningún plan de trabajo, sin embargo existe y ejerce una influencia más o menos decisiva en el desarrollo de las personas y en el resultado del aprendizaje. Una de las primeras cosas del currículo oculto que Michael pudo aprender en el seminario fue que existen determinadas personas, como el padre José, con las que, aparte de no merecer la pena establecer demasiada confianza, conviene también mantener una cierta distancia de seguridad y utilizar ciertas estrategias de autoprotección.

Pero, por el otro extremo, existía también otro currículo oculto, generalmente establecido y desarrollado entre iguales, o sea, entre los propios compañeros del seminario, que a fin de cuentas constituía la única vía de aprendizaje, sea teórico o práctico, de algo que mereciera la pena en materia sexual. Así ocurrió que uno de los primeros elementos de aprendizaje sexual que pudo conseguir o, si se prefiere llamarlo así, disfrutar el joven Michael fue una cierta estampa que, sin saber de dónde había salido, solía circular de forma clandestina entre los compañeros del seminario. En dicha estampa aparecía fotografiada de espaldas